

El Papel de los Laicos en la Familia Carismática

Antonio Botana, fsc

1. COMENCEMOS POR LA FAMILIA CARISMÁTICA

Al preguntarnos por el papel de los laicos en la familia carismática, hemos de ponernos de acuerdo, primero, sobre el tipo de familia carismática que estamos construyendo, porque es ahí donde comienza a definirse ese papel.

- En unos casos la familia se modela como una corona circular en torno al Instituto religioso: en esa corona se sitúan los laicos que llegan a participar en el carisma. Queda bien marcada la *dependencia* de los laicos respecto al Instituto, a sus disposiciones, a su mandato, a colaborar en sus obras sumisamente.

En este modelo, el papel de los laicos es el de ser *colaboradores* de los religiosos. Su participación en el carisma tiende a ser superficial, pues se entiende que el carisma pertenece al Instituto, y todo lo que tenga que ver con él es discernido en las estructuras de gobierno propias del Instituto. Como se ve, es el esquema propio de la época preconiliar.

- En otros casos, la familia coincide con el propio Instituto religioso, que, supuestamente, se ha “elastificado” para dar lugar en su interior a la participación de laicos. Se habla de la *integración* de los laicos en el Instituto. Pero esa integración es ficticia, aunque no falte buena voluntad para favorecerla. El Instituto, si no cambia de estatuto canónico, sigue estando compuesto, sola y exclusivamente, por las personas consagradas que en él profesan, según la modalidad que tenga reconocida canónicamente. Y aunque se quieran adaptar las estructuras de animación y gobierno para acoger a los laicos y hacer posible su participación, estarán muy condicionadas y marcadas por su carácter institucional religioso, por la normativa canónica de la que dependen.

El papel de los laicos estará condicionado por los espacios que ocupen con permiso en un Instituto que no está hecho para ellos, y por la necesidad de adaptarse a unas formas de vida y de espiritualidad que han sido hechas para la vida consagrada, no para la vida laical. Es un esquema claramente *autorreferencial* que recuerda muy bien aquella advertencia de Jesús sobre la tentación de querer meter el vino nuevo en los odres viejos: se perderán el vino y los odres.

- Finalmente, encontramos la familia carismática que se construye como una nueva casa: es *la casa común* en la que conviven y se integran el o los Institutos religiosos *que se reconocen en el mismo carisma, y sobre todo cristianos laicos que se sienten llamados, precisamente en su condición laical, a participar en el mismo espíritu carismático*¹. Subrayo eso de que *es una casa nueva*, todavía en construcción. Los tabiques se van haciendo y rehaciendo a medida que avanza la relación entre sus habitantes, comparten la misión, aprenden a discernir juntos, hacen proyectos comunes. Se van definiendo las salas comunes y las que son propias de unos o de otros.

¹ Francisco en su “Carta a todos los consagrados” con ocasión del Año de la Vida Consagrada (21-11-2014), 3.1.

La pertenencia de los laicos y los posibles grados de pertenencia se establecen con respecto a la familia, no al Instituto. Del mismo modo el Instituto, cada Instituto, va definiendo su integración en la familia, al lado de los laicos que comparten el mismo carisma fundacional, lo que exigirá al Instituto que modifique sus propias estructuras de animación y gobierno (Capítulos, Consejos...) en la medida en que lo requieran las nuevas estructuras que agrupan a laicos y personas consagradas en el discernimiento del carisma o en la corresponsabilidad de la misión.

Mi respuesta a la pregunta inicial se va a situar en referencia a este tercer modelo. Aquí, “el papel de los laicos” no se propone como algo “exclusivo”, y tampoco perfectamente definido. Más bien encontramos lo que parece *significativo*, como así diríamos si nos preguntáramos por “el papel de los religiosos”. La nueva casa común es lugar de convivencia, de comunión, de apoyo mutuo, de soñar juntos un mundo mejor desde la perspectiva que aporta el carisma fundacional y convertir ese sueño en proyectos comunes, *una familia pasionista que esté atenta a los deseos de la humanidad sufriente y que dé testimonio de la cruz, convencida de que es el modo con el que Dios vence al mal y ofrece una vida nueva (Llamada a la acción, pg. 3).*

2. UNA NUEVA CASA EN UN NUEVO ECOSISTEMA

Para comprender esta nueva casa y lo que caracteriza a sus habitantes, hemos de situarla en el contexto del ecosistema que ha sido recuperado por el Concilio Vaticano II: la Iglesia-Comunión.

2.1. El suelo común

El Concilio empieza por reconocer la Iglesia como Pueblo de Dios (*Lumen Gentium*, cap. II), un pueblo en el que «todos los fieles cristianos, de cualquier condición y estado, ... son llamados por el Señor, cada uno por su camino, a la perfección de aquella santidad con la que es perfecto el mismo Padre» (LG 11), y donde «el mismo Espíritu Santo no solo santifica y dirige el Pueblo de Dios ... sino que también distribuye gracias especiales entre los fieles de cualquier condición...» (LG 12).

Ahí se asienta *el suelo común* de la unidad, que nos permite acercarnos, compartir la misión y llegar a formar una familia. Señalemos los siguientes componentes básicos:

- los Sacramentos de la Iniciación, que se reafirman como fuente y fundamento común de toda vida cristiana;
- la común llamada a la santidad;
- la común y única dignidad en la Iglesia, que viene sólo del Bautismo;
- la única misión eclesial, compartida por todos, y de la que todos somos responsables;
- el común derecho, que es también deber, a participar en la misión evangelizadora de la Iglesia.

En ese *suelo común* hay un único *centro de gravedad*, que es Cristo: centro, cimiento y raíz. Toda la Iglesia está en torno a Cristo, no existe otro centro.

Y hay un *único horizonte*, que es el Reino de Dios (“*Buscad el Reino de Dios y su justicia...*”). Hacia él camina toda la Iglesia y hacia él orienta toda su actividad. Es su razón de ser; y en su realización son corresponsables todos los miembros de la Iglesia.

En ese suelo común, con el único centro de gravedad y el horizonte que nos orienta a todos, cada uno de nosotros puede reconocer su esencia: ser “miembro del Pueblo de Dios, seguidor de Jesús”.

2.2. La conciencia de ser misión

La concienciación promovida por el Concilio ha llevado a la Iglesia a profundizar su propia relación con la misión recibida, la de encarnar y anunciar la alianza que Dios quiere hacer con la humanidad, y a reconocer que esa misión *nos atañe a todos* (Juan Pablo II, *Redemptoris misio*, 2). *La misión eclesial es única y es compartida*.

Todo el fenómeno actual de las familias carismáticas se inserta en ese otro fenómeno más amplio que es el de la *misión compartida*. Laicos y religiosos estamos llamados a reconocer que el protagonismo en la misión corresponde a todo el pueblo cristiano, y no a una élite en su interior; que la misión evangelizadora de la Iglesia es misión de todos y de cada uno; que esa misión se desarrolla en la comunión, promueve la corresponsabilidad, y así es como produce comunión.

La meta en este proceso es la misma para todos, laicos y religiosos. El papa Francisco describe esa meta en *Evangelii gaudium*, y en particular en el nº 273:

«La misión en el corazón del pueblo no es una parte de mi vida (...) Es algo que yo no puedo arrancar de mí si no quiero destruirme. Yo soy una misión en esta tierra, y para eso estoy en este mundo».

Esta *identificación con la misión* adquiere los tintes más fuertes posibles y se propone como un reto que es preciso asumir:

«Hay que reconocerse a sí mismo como marcado a fuego por esa misión de iluminar, bendecir, vivificar, levantar, sanar, liberar» (ibid.).

Ya no es algo externo, que está sujeto a momentos concretos, o lugares concretos... La misión va con nosotros, somos nosotros mismos, estemos donde estemos y con quien estemos. Pero no se hará sin que nosotros aceptemos implicarnos, sin nuestra propia decisión:

“Allí aparece la enfermera de alma, el docente de alma, el político de alma, esos que han decidido a fondo ser con los demás y para los demás”.

Esa misión que *nos marca a fuego* y que se realiza de tan variadas maneras, es la que está en juego cuando hablamos de *misión compartida* entre consagrados y laicos; es, por tanto, la que el laico ha de experimentar en su participación en la familia carismática. En esa misión se reúnen *esos que han decidido a fondo ser con los demás y para los demás*. Cada uno de ellos lleva esta convicción en su corazón: *Yo soy misión*. Recíprocamente, podrá decir también de corazón a cada uno de los otros con los que comparte la misión: *Tú eres misión*.

“Ser con” y “ser para”: desde estas dos preposiciones que forman nuestra identificación con la misión descubrimos lo que somos “juntos”, el tesoro común sobre el que asentamos nuestra identidad cristiana; y lo que somos y significamos “el uno para el otro”, con los dones y diferencias que nos permiten enriquecernos mutuamente para servir mejor a la misión común.

Y así descubrimos también, religiosos y laicos, lo absurdo de la tentación en que frecuentemente caemos, de empezar a definirnos por aquello que nos diferencia. El núcleo de nuestra identidad está en lo que nos aproxima a los demás: en lo humano con el resto de

la humanidad, en lo cristiano con todos los demás seguidores de Jesús... Y las diferencias vienen por *los subrayados* que hacemos en aquello que es común, nunca exclusivo, y que convertimos en signo para los demás.

2.3. ¿Qué papel en la misión?

Con esa experiencia de *ser misión*, que se va formando en el corazón del laico como ha tenido que hacerlo el religioso, va surgiendo también la pregunta: “¿qué es la misión para mí?” O mejor, “¿qué papel tengo yo en la misión de la Iglesia, en cuanto creyente laico? ¿Qué me corresponde asumir de esa tarea evangelizadora que constituye la misión esencial de la Iglesia, que incluso es lo que justifica su existencia? Mi pertenencia a la Iglesia, lo que he recibido por el Bautismo y Confirmación, ¿qué reclama de mí?”.

La pregunta no se refiere a “¿en qué ocupo mi tiempo libre?”. Porque, según hemos escuchado a Francisco, “*La misión... no es una parte de mi vida*”. La respuesta no está, pues, en “los compromisos”, sino en vivir la vida como misión: *Yo soy una misión en esta tierra, y para eso estoy en este mundo*.

¿En qué mediaciones se desarrolla la vida del laico?: en su familia y círculos de amistad, en las relaciones de barrio, en el trabajo y con los compañeros de trabajo, en su participación en los diversos niveles políticos y socioeconómicos, y en la tensión que mantiene en su vida por prestar atención hacia aquellos que están en “las fronteras y en los márgenes” de la sociedad. En todas esas mediaciones, sin excepción, “*yo soy una misión*”.

La misión que *me marca a fuego*, la que lleva mi nombre entero grabado en ella, es la de ser *mediador del amor de Dios*, y esto no es cuestión de momentos sino de vida entera, con todos aquellos con los que me relaciono, en especial con quienes más me necesitan.

En el desarrollo de esa experiencia será clave la pedagogía que ha de desplegar la familia carismática con sus miembros.

3. LA APORTACIÓN LAICAL DE BASE

La mera presencia del laico en la familia carismática al lado del personal religioso, en este contexto de Iglesia-Comunión, es ya una aportación positiva por el significado de su identidad laical. Pero antes de referirnos de manera específica al laico notemos que la novedad de la familia carismática no viene por la incorporación del laico en la familia, sino por el entramado de identidades y el nuevo tipo de relaciones que se dan entre ellas, lo que ha de producir profundos cambios en la manera de constituirse el Instituto o los institutos religiosos integrados en la familia. La clave está bien expresada en este texto de *Christifideles laici* (Juan Pablo II, 1988):

“En la Iglesia-Comunión los estados de vida están de tal modo relacionados entre sí que están ordenados el uno al otro. Ciertamente es común –mejor dicho, único – su profundo significado: el de ser *modalidad según la cual se vive la igual dignidad cristiana y la universal vocación a la santidad en la perfección del amor*. Son modalidades a la vez *diversas y complementarias*, de modo que cada una de ellas tiene su original e inconfundible fisonomía, y al mismo tiempo cada una de ellas está en relación con las otras y a su servicio” (ChL 55.3).

Y ahora sí, dentro de este entramado nos centramos en el papel del laico.

3.1. El laico, modelo referencial para la vida religiosa

En la mentalidad que ha sido habitual en muchos siglos, la vida religiosa ha sido el “modelo referencial” para la vida laical. De hecho, en la vida espiritual de los laicos cristianos era la vida monacal y luego conventual la que servía de modelo. Así se organizaron las Terceras Órdenes, como una adaptación del modelo conventual a la vida laical. Con el Concilio Vaticano II se ha redescubierto la identidad laical en la Iglesia, y con ella las fuentes comunes a toda vida cristiana, de las que bebemos todas las vocaciones en la Iglesia.

El laico se ha convertido en el “*modelo referencial*” para la vida religiosa. Es, desde luego, su referencia original, pues recuerda a la vida religiosa cuál es su origen, y es también su referencia “fontal”, pues le recuerda dónde están las fuentes de su vida consagrada.

La plenitud de la vida cristiana, el radicalismo del evangelio y la perfección en el amor, ya no se consideran metas exclusivas de la vida religiosa, sino que corresponden naturalmente a la vocación laical y puede lograrlas en las mediaciones normales de la vida humana, como son el matrimonio y la familia, entre otras. Las demás vocaciones, que asumen esas mismas metas y las viven en otro tipo de mediaciones que se salen de lo común, como es el celibato en comunidad, no se apropian de dichas metas, sino que ofrecen su modo particular de vivirlas *como un signo* que recuerda a todos la necesidad de caminar hacia ellas por los diversos caminos vocacionales.

La vida religiosa descubre entonces que no está para reemplazar a los laicos en el anuncio del Reino de Dios, sino para apoyarles y colaborar con ellos en esa misión que es la de toda la Iglesia.

Hagamos hincapié en ciertos rasgos que el laicado ha aportado a la Iglesia, por vivirlo de modo especial en su identidad y ser reconocidos ahora como pertenecientes a todo el pueblo cristiano. La vida religiosa los recibe como signos que le interrogan para que los profundice en su modo de estar en la Iglesia y en el mundo.

3.2. La laicidad como “minoridad”

El *laico*, en el sentido etimológico del término, no era simplemente el miembro del pueblo, sino del “pueblo bajo”, es decir, *los plebeyos*. Y basta pensar en la historia de la Iglesia para tener que reconocer que el laicado ha sido esa gran *mayoría* en la Iglesia que vivía en la *minoridad*, frente a sus hermanos mayores (o más bien, padres y madres), el grupo clerical y el grupo religioso. A estos hermanos menores es a quienes en verdad se les podía dirigir las palabras que Jesús hubiera querido para todos sus discípulos: “Y todos vosotros sois hermanos” (Mt 23,8).

La vida religiosa tiene hoy ese desafío que le proporciona el “modelo referencial” del laico: asumir con gozo su *minoridad* en la Iglesia, vivir en actitud de “hermanos menores”, haciendo lo posible para que los otros hermanos menores, laicos y laicas, puedan alcanzar su mayoría de edad y su protagonismo en la misión eclesial. Francisco de Asís hace de la *minoridad* su estandarte, la convierte en signo para toda la Iglesia desde sus *hermanos menores*, la valora como *lugar de encuentro*.

Así se lo decía el Papa a los miembros de la Familia Franciscana: “De hecho, en vuestra forma de vida, el adjetivo «menor» califica al sustantivo «hermano», dando al vínculo de la fraternidad una cualidad propia y característica: no es lo mismo decir «hermano» que decir «hermano menor». [...] La minoridad franciscana se presenta a vosotros como un lugar de

encuentro y comunión con Dios; como un lugar de encuentro y comunión con los hermanos y con todos los hombres y mujeres; finalmente, como un lugar de encuentro y comunión con la creación”². La familia carismática asume también ese papel, el de ser *lugar de encuentro* de los diversos estados eclesiales, siempre que asumamos la minoridad significada por el laico como el nivel común de todos.

3.3. La secularidad, compromiso con el mundo

La *secularidad* ha sido, tradicionalmente, un rasgo adjudicado al laicado, como representativo de su forma de vida, y señalado al mismo tiempo como algo sospechosamente negativo cuando se ponía en relación con la vida religiosa. Extraño esto último, pues muchas formas de vida religiosa desarrollan su misión explícita en ámbitos seculares, como la enseñanza, la sanidad, la asistencia a personas caídas en la prostitución, los medios de comunicación social, etc.

Al laicado creyente comprometido en medio de la sociedad hay que agradecer la reivindicación de la secularidad como *modo de estar en el mundo*, positivo y coherente con la fe. La vida religiosa lo rescata para sí misma y se reafirma así en su compromiso con el mundo, pero también revisa la coherencia del lenguaje y de la espiritualidad con que da sentido a su inmersión en el mundo, pues frecuentemente ese lenguaje que emplea traiciona el compromiso que manifiesta en la vida.

La secularidad es la inmediata consecuencia de la Encarnación de Dios, que nos conduce a todos los creyentes a situarnos en el mundo reconociendo los valores que son propios de la creación, de la humanidad, de la evolución histórica, de las culturas; y que, al mismo tiempo, nos compromete en su transformación, en su evangelización desde dentro de las estructuras humanas. Es nuestro compromiso con el mundo para convertirlo en el Reino de Dios.

Los fieles laicos aportan a la familia carismática este signo de la secularidad. No es exclusivo suyo, pero la vida religiosa ha tenido dificultad para expresarlo abiertamente en su espiritualidad. Es el momento de desarrollarla de la mano de los laicos.

3.4. Las palabras que nos faltan

La vida religiosa tiene un grave problema de comunicación con el mundo, más allá de lo que acabo de afirmar respecto de la secularidad. Las palabras se nos han quedado confusas en el camino, en el cambio de cultura. Tendremos que decir como Moisés en la ladera del Monte Horeb, ante el envío que recibe de Yahvé: *No sé hablar... soy tartamudo* (Ex 4,10). Confesar nuestra tartamudez es el primer paso para comenzar una nueva vía de comunicación. Entonces buscaremos quien nos enseñe a hablar.

Y es cierto, en la vida religiosa necesitamos aprender a hablar de nuevo. Pero oigamos la pista que Dios da a Moisés: *Tu hermano Aarón hablará por ti* (Ex 4,14-16). Revivimos hoy ese diálogo de Moisés con Yahvé, en la situación histórica que nos ha tocado vivir.

Tu hermano hablará por ti. Mi hermano, nuestros hermanos y hermanas, son los laicos que llegan atraídos por nuestros (y suyos) carismas fundacionales. Con muchos de ellos, todo comienza con la coincidencia en lugares que para ellos tal vez sean solo un lugar de trabajo o incluso un voluntariado de acción social. De nosotros dependerá que entren en contacto con

² Audiencia del papa Francisco con los miembros de la Familia Franciscana, 23-noviembre-2017.

un carisma que puede proporcionar sentido y plenitud a la labor que realizan y a toda su existencia.

Y ya en camino, laicos y religiosos nos complementamos. No nos reemplazamos. Dejarse complementar es admitir que “los otros” tienen recursos o cualidades que nosotros no tenemos. No es solo una cuestión de enriquecerse mutuamente, sino de necesitarse.

¿Cómo hacemos sentir a los laicos, nosotros los religiosos, que les necesitamos, no para que nos reemplacen sino para que aporten a la misión lo que ellos tienen o experimentan más a fondo, precisamente por ser laicos?

Lo que ahora quiero resaltar no es su aportación a la misión sino lo que nos aportan a nosotros los religiosos en nuestro intento de comunicarnos, en nuestra torpeza al anunciar el evangelio al mundo, y más aún, en la tarea que tenemos pendiente de refundar nuestra identidad religiosa en la Iglesia-Comunión y recuperar lo que, como religiosos, la Iglesia tiene derecho a esperar de nosotros.

Especialmente ellos, los creyentes laicos que están compartiendo nuestro mismo carisma fundacional, tienen el *sensus fidei* necesario para ayudarnos a encontrar lo que necesitamos decirnos. Pero hace falta que establezcamos el dinamismo adecuado para elaborar ese discernimiento y hacer posible que la comunicación de los laicos a los religiosos llegue sin tapujos, sin reservas.

La base es una *relación fraterna* en el interior de la familia, lejos de todo clericalismo o aislamiento por parte del estamento religioso.

Sobre esa base organizamos los diversos encuentros, asambleas, consejos... las estructuras organizativas y de reflexión propias de la familia carismática. Incluso aquellas estructuras de reflexión y discernimiento que son propias del Instituto religioso, como son los capítulos generales y provinciales o los consejos y comisiones que se refieren a la vida religiosa, deberían contar habitualmente con la participación de laicos identificados con el carisma fundacional, en calidad de expertos, para asesorar a los religiosos y aportarles su propia visión laical, en cuanto miembros de la Iglesia y de la familia carismática. Es poner en práctica la afirmación que el 47º Capítulo General hacía en su Mensaje a los laicos de la familia pasionista: “Como comunidad religiosa estamos incompletos sin ustedes”.

4. EL PAPEL DE LOS LAICOS DESDE EL CARISMA FUNDACIONAL

4.1. El carisma fundacional: fuente de identidad y lugar de encuentro

El cristiano laico no necesita la referencia de un carisma fundacional para “vivir la misión” y “ser misión” en la Iglesia. Se puede “ser misión” al margen de cualquiera de los llamados “carismas fundacionales”. O simplemente, se puede vivir la misión a partir de los propios dones o carismas, los que el Espíritu Santo concede a cada fiel.

Pero también podemos afirmar: ¡Dichosos los que se sienten convocados a participar en un carisma que hace familia, porque experimentarán el gozo de una misión multiplicada desde la comunión, y el gozo de la comunión vivida para la misión!

Cada carisma fundacional es fuente de identidad y también es lugar de encuentro con otros muchos creyentes que sintonizan en ese carisma, y por lo mismo será lugar de enriquecimiento mutuo. Ofrece una perspectiva global del Evangelio, que en este caso es la

de Jesús crucificado; y un modo global de entender la vida desde el Evangelio, que aquí podemos especificar así: la vida iluminada por la Pasión de Cristo. Facilita una visión unificada de toda la vida y de la misión en que nuestra vida se proyecta, lo cual vale para la vida consagrada como para la vida cristiana laical.

El carisma fundacional, cuando se apodera de una persona, afecta a toda su vida, a su modo de relación con Dios y con su Reino, a su identidad en la Iglesia, a sus opciones de vida y su modo de integrarse en la sociedad. *El carisma se hace vocación*, y la persona responde a esta vocación con un proyecto que engloba toda la existencia. La familia carismática ofrece la posibilidad de agrupar y estructurar los proyectos personales en las correspondientes comunidades eclesiales, de vida religiosa, de comunidades laicales, y establece entre ellas una relación de comunión.

El carisma fundacional se ha vivido en la vida religiosa en un proyecto existencial típico de la vida religiosa: en las formas comunitarias, en los votos religiosos, en la espiritualidad propia de la vida religiosa... El carisma se habrá de verter ahora en los “recipientes laicales”, y se han de desarrollar también estructuras de comunión y formas de encuentro entre unos y otros, siempre con el punto de mira final puesto en la misión: “nuestra dedicación a Jesús en su pasión y a los crucificados de hoy” (*Llamada a la acción*, pg. 9).

Es una auténtica re-fundación del carisma en este ecosistema Iglesia-Comunión, tan diferente de aquel en que lo recibió San Pablo de la Cruz. En esta refundación tienen que implicarse los que vienen de atrás y los que comienzan ahora. ¿Qué papel tienen los laicos?

4.2. La eclosión laical del carisma

Los laicos que se identifican con un carisma que viene de ser vivido solo en la vida consagrada han de descubrir o inventar *el modo laical* de vivirlo. En diálogo con los religiosos, sí, pero la iniciativa y creatividad principal ha de ser de los laicos. No tienen que inventarse “otro carisma”, sino su expresión, su modo de vivirlo, que en muchas cosas será similar al de la vida religiosa, pero en otras muchas ha de cambiar. Los nuevos portadores del carisma habrán de hacer su aportación para una reformulación discernida por todos.

Será un proceso largo. La sintonía con el carisma no equivale a la acomodación a algo externo; se refiere más bien al descubrimiento de la propia imagen, que se ha reconocido en el carisma, por lo que uno llega a decir: *esta es mi identidad*, no tanto “lo que soy”, sino “lo que estoy llamado a ser”. A partir de ese momento, uno se da cuenta que algunas o muchas de las palabras o simbología con que le han presentado el carisma chocan con su experiencia interna del mismo, o son zapatos o prendas que no corresponden a su estilo: entonces trata de buscar otras expresiones desde la cultura, el ambiente y las mediaciones en que se conforma su vida, que revelen mejor lo que experimenta dentro de sí.

La familia comienza una etapa fecunda cuando se produce *la eclosión laical del carisma*, cuando los laicos no se limitan a copiar una herencia, sino que son capaces de enriquecerla con su propia originalidad y creatividad. Y cuando esto ocurre, los beneficiados no son solo ellos, sino también la vida consagrada si sabe estar atenta a las aportaciones de aquellos. La aportación laical, al tiempo que es discernida, ayudará a revisar críticamente las expresiones culturales heredadas de tiempos pasados en la vida religiosa, a relegar las que se han quedado desfasadas o inapropiadas para la actualidad, a asumir otras nuevas y, sobre todo, a identificar mejor lo que es esencial y en lo que pueden coincidir la vida laical con la vida consagrada.

4.3. El reto de innovar la comunión

En “Llamada a la acción”, el 47º Capítulo General decía: “Estamos llamados a una vida en comunidad, pero siempre en la dimensión misionera”. Y también: “La Vida comunitaria deseada por San Pablo de la Cruz – y también por nosotros mismos – no puede cerrarse sobre sí misma o ser autorreferencial...”. ¿Cómo vivir esta dimensión carismática en la familia pasionista, no solo en la Congregación religiosa? ¿Cómo ha de vivirla el laico pasionista, y entre los laicos y los religiosos?

Este es el reto que hay que asumir y afrontar, sin sentirse obligados a repetir esquemas de otra cultura: “A medida que la sociedad cambia, necesitamos cambiar; nuestra vitalidad depende de nuestra Misión, tanto como de nuestra Vida comunitaria” (Llamada a la acción, pg. 11). Es el reto de *innovar la comunión*: sin duda necesita creatividad, porque no se pueden aplicar los estándares de épocas pasadas a la sociedad “líquida” que predomina en este siglo XXI. No vale imitar la estructuración y la pertenencia regularizada que ha caracterizado las comunidades e instituciones religiosas, para dar forma al dinamismo de comunión que la familia carismática necesita impulsar. “Tenemos que construir la solidaridad y la comunión continuamente” (*Llamada a la acción*, pg. 10).

Sin lugar a duda, debemos tomar la comunidad como centro impulsor y organizador de todo el proceso de comunión en la familia carismática, con mayor razón siendo una dimensión subrayada por el carisma. Y es ahí, en la constitución y planteamiento de la comunidad, donde se sitúa especialmente el reto de innovar la comunión.

Ya de entrada, evitemos igualar estos dos conceptos: “comunidad” y “vida en común”. El segundo es una forma de concretar el primero, y ha caracterizado especialmente la vida religiosa, pero con notables diferencias entre las diversas Órdenes e instituciones religiosas. Comunidad no significa necesariamente “vida en común”, y la comunidad laical no suele implicarla, aunque no la excluya de principio.

Las comunidades de la familia carismática pueden ser *religiosas, laicales o mixtas*. Y en cada caso puede haber un núcleo de personas que se unen con *lazos de pertenencia profunda*, en identificación con el carisma, comunión fraterna con los demás miembros, disponibilidad vocacional para la misión. En torno a ese núcleo puede haber otras personas que *participan selectivamente* en la comunidad y, desde ella, en la Familia carismática: colaboran en la misión, o tienen ciertos lazos de comunión con la Familia, o asumen ciertos aspectos de la espiritualidad; y con el tiempo, algunas de ellas pueden pasar a integrarse en el núcleo central de la comunidad. El papel del laico se concreta en el desarrollo de lazos que van desde la participación selectiva a la pertenencia profunda, pero siempre desde el contexto laical que está viviendo, no a pesar de este: desde su situación y obligaciones familiares, desde sus compromisos sociales.

4.4. La respuesta renovada a la misión

“Nuestra respuesta comienza por escuchar al mundo, al clamor de los pobres y a las voces de nuestros propios hermanos en la Comunidad; nuestro Plan debe desarrollar una estrategia de escucha en la que todos tenemos un papel que desempeñar” (*Llamada a la acción*, p. 10).

Escuchar, enseñar a escuchar, y ser centinelas que alertan sobre la realidad de las periferias existenciales y geográficas. Los laicos, una vez despertada su sensibilidad para escuchar, ver y sentir la pasión de Cristo en los crucificados de hoy, aportarán a toda la familia

carismática su cercanía y su capacidad de percibir la vida en lo ordinario de cada día, en las situaciones humanas más oscuras y humildes, las que frecuentemente se nos escapan a los religiosos, acomodados en las estructuras heredadas. Igualmente, sus respuestas pueden ser más espontáneas, con medios sencillos y estructuras más improvisadas que las que suele establecer la Institución religiosa.

En todo caso, dependerá de los religiosos el que los laicos pasionistas no se limiten a ser colaboradores “de la misión del Instituto”, sino protagonistas *de la misión pasionista*, corresponsables de la misma con los religiosos. Para ello han de sentirse invitados a responsabilizarse y a discernir la misión con los religiosos, y, con ellos, a decidir las respuestas y los recursos que se han de utilizar. Este proceso nos lleva a plantearnos la necesidad de crear los odres nuevos que han de recibir el nuevo vino, y no intentar meter este vino en los viejos odres que corresponden a la Institución religiosa.

Es una tarea que toda familia carismática debe plantearse a corto plazo: el desarrollo de estructuras que faciliten la relación de religiosos y laicos en la participación del carisma y de la misión.

5. FORMACIÓN Y MOTIVACIÓN

La pregunta que estaba de fondo en esta reflexión, “¿Cuál es el papel de los laicos en la familia carismática?”, no he querido responderla en forma de “acciones”, sino de *identidad*. Una identidad que, en esta familia, está vivificada por el Carisma de la *Memoria Passionis*, como lo es la identidad del religioso pasionista.

La pregunta no admite una respuesta para ser escuchada “desde lejos”, como algo que no nos incumbe o que no depende de nosotros. Muy al contrario, exige nuestra implicación, porque sin ella la respuesta no existe. De nosotros, religiosos, primeros herederos del carisma fundacional, depende que ese mismo carisma pueda alcanzar a otros creyentes en la Iglesia-Comunión, y podamos vivirlo en complementariedad para la misma misión. En esa transmisión descubriremos que el dinamismo es de doble sentido, pues el carisma vuelve también de los laicos a nosotros para refundar nuestra vida religiosa. Por eso unos y otros necesitaremos asumir la voluntad de ser enseñados, la “*docibilitas*”, como la llamaba Amedeo Cencini.

El “papel” de los laicos en la familia carismática hay que prepararlo y hay que capacitar a las personas para que puedan “cumplir su papel”. Esto implica una formación que ha de desarrollarse a través de tres procesos en los que han de estar implicados religiosos y laicos. Tres procesos que se apoyan entre sí, pues no son sucesivos sino simultáneos: *proceso de comunión*, *proceso de identificación con el carisma* y *proceso de compromiso con la misión*. En cada uno de ellos hay que *invertir* para obtener el fruto deseado.

a) El proceso de comunión

Invertimos en *relación* (en “crear lazos”) y se obtiene *pertenencia*: lazos que crean relación, que facilitan el acercamiento de las personas, el mutuo conocimiento, la comunicación de la experiencia y la celebración de la fe.

Comienza en el momento de la acogida, y ha de continuar todo el tiempo, en el acompañamiento y en la formación, estimulando el sentimiento de mutua pertenencia y solidaridad entre las personas que van formando la familia carismática.

Los lazos se crean de abajo hacia arriba, pasan por la relación entre los grupos próximos, entre las comunidades que forman la Provincia: la comunidad religiosa que se abre y facilita la participación de los laicos en sus diversas actividades; la comunidad de laicos que comienza a elaborar su propio proyecto y lo comparte con la comunidad religiosa; y la comunidad mixta, formada por religiosos y laicos, con un proyecto común que respeta y facilita el compartir la riqueza de las identidades diferentes.

b) El proceso de identificación con el carisma

Invertimos en *acompañamiento y formación* y se obtiene *identidad*. Es un itinerario en el que deben entrelazarse estos tres hilos:

- el desarrollo de *experiencias vitales* en las que se condensa o manifiesta el carisma;
- *el proyecto* que realiza la respuesta a la misión, y donde identificamos las claves para que podamos actualizarlo en nuestra época e Iglesia;
- y *la espiritualidad* que da sentido al proyecto, nos permite valorar la misión como obra de Dios, y a nosotros como mediadores e instrumentos de Dios en su obra de salvación.

c) El proceso de compromiso con la misión

Invertimos en *animación compartida de la misión* y se obtiene *compromiso y corresponsabilidad*.

Es un aprendizaje en el cual las personas, animadas e identificadas con el carisma fundacional, descubren su protagonismo en la misión y lo asumen creativamente. Así llegan a plantear su compromiso en la comunión y en la misión.

No es la dedicación de un tiempo o un esfuerzo particular. Es una *opción de vida*, un planteamiento vocacional que asume los objetivos del carisma respecto de la misión, así como los valores que promueve. Se hace desde la situación humana específica en que se encuentra la persona (y esto incluye las limitaciones de salud, el proyecto de pareja o de célibe, las múltiples obligaciones familiares, etc.) y no a pesar de ella.

Es una pregunta obligada al final de esta reflexión: *¿Qué esfuerzos hace la Congregación por desarrollar la familia pasionista?* Posiblemente un buen índice de valoración lo encuentren en esos tres procesos que acabo de enunciar: en la inversión o recursos que se emplean en crear lazos, en acompañamiento y formación, en animación compartida de la misión. En esta Iglesia-Comunión que nos acoge, podemos decirlo bien convencidos: sin los laicos que viven el mismo carisma con nosotros, *estamos incompletos*. Sin la familia pasionista, la Congregación de la Pasión estará incompleta.